

Declaración de los trece. A los miembros del Comité Central y de la Comisión Central de Control del Partido - PC (B)

León Trotsky

Julio de 1926

(Versión al castellano desde “[Déclaration des 13](#)”, en [l’Archive Internet des Marxistes](#) (24/6/26).
Declaración redactada por Trotsky y dirigida a los miembros del Comité Central y de la Comisión Central de Control del Partido Comunista de Rusia (Bolchevique) en julio de 1926 y firmada por Bakayev, Piatakov, Lisdin, Avdeyev, Laceyev, Muralov, Peterson, Soloviev, Evdokimov, Zinóviev, Krúpskaya, Trotsky y Kámenev)

A los miembros del Comité Central y de la Comisión Central de Control del Partido

Los hechos que claramente amenazan cada vez más frecuentemente en el partido en los últimos tiempos, exigen un análisis atento y concienzudo; a pesar de todos los intentos realizados desde arriba para separar de las masas obreras a una determinada parte del partido y hacer que esta abandone los métodos propios del mismo, creemos firmemente en el mantenimiento de la unidad. Precisamente por esta razón queremos exponer aquí, con toda franqueza, claridad e incluso contundencia, nuestra opinión sobre los fenómenos nocivos que amenazan al partido, sin pasar nada por alto, sin atenuar nada ni ocultar nada.

1.- El burocratismo, fuente de las facciones

La causa directa que agudiza cada vez más las crisis del partido es el burocratismo, que se desarrolló de forma monstruosa durante el período posterior a la muerte de Lenin. Este burocratismo sigue ganando terreno.

El comité central de un partido de gobierno, para actuar sobre este, dispone no solo de los medios ideológicos y administrativos propios de los partidos, sino también de medios estatales y económicos. Lenin siempre tuvo en cuenta el peligro de la concentración del poder administrativo en manos de los funcionarios del partido, ya que ello conlleva una presión burocrática sobre este. Precisamente por esta razón, a Lenin se le ocurrió la idea de una comisión de control que, sin tener poder administrativo, contaría, no obstante, con plena potestad para combatir el burocratismo, para defender el derecho de los miembros del partido a expresar libremente su opinión y a votar según su conciencia sin tener que temer represalias.

“En la actualidad, una tarea especialmente importante que incumbe a las comisiones de control [dice la decisión de la conferencia del partido de enero de 1924], es combatir la desviación burocrática del aparato del partido y de sus costumbres, y exigir cuentas a los funcionarios del partido que hayan obstaculizado la aplicación de la democracia obrera en la vida cotidiana de las organizaciones, la libre expresión de opiniones en las reuniones y que hayan restringido el principio electivo en casos no previstos por los estatutos.”

Sin embargo, en realidad (y hay que decirlo desde el principio), la propia CCC se ha convertido en un órgano puramente administrativo; ayuda a los demás órganos burocráticos a ejercer presión llevando a cabo represalias en su nombre, persiguiendo cualquier pensamiento autónomo en el partido, cualquier voz crítica, cualquier murmullo de inquietud sobre el destino de este, cualquier observación crítica contra determinados dirigentes del partido.

La resolución del X Congreso dice: “Por democracia obrera en el partido se entiende una forma de organización que garantiza, en la aplicación de la política del partido, la participación activa de todos los miembros, incluidos los más atrasados, en la discusión de todas las cuestiones planteadas y en su solución, así como una participación activa en la construcción del partido. La democracia obrera excluye todo sistema de nombramientos para los cargos; se manifiesta mediante el principio electivo ampliamente extendido a todas las instituciones, desde la base hasta la cúspide, mediante la obligación de estas instituciones de rendir cuentas y someterse a control, etc.”

Solamente un régimen impregnado de estos principios puede proteger al partido contra la formación de facciones, incompatible con los intereses vitales del proletariado. Separar la lucha contra las facciones de la cuestión del régimen efectivo del partido constituye una distorsión esencial de la labor que hay que llevar a cabo, crea desviaciones burocráticas y, en consecuencia, facciones.

La resolución del 5 de diciembre de 1923, aprobada por unanimidad, demostraba que el burocratismo, al oprimir la libertad de juicio y sofocar la crítica, empuja inevitablemente a los militantes de fe inquebrantable por el camino del aislamiento o de la creación de facciones. Los acontecimientos de los últimos tiempos, en particular el asunto de los camaradas Lachevich, Bielenky, Tchernychoy, etc.¹, confirman plena y totalmente la exactitud de esta observación. Presentarlo como consecuencia de la mala voluntad de una persona aislada o de un determinado grupo hacia el partido sería una ceguera criminal. En realidad, nos encontramos ante una consecuencia evidente e indiscutible de los métodos oficiales, que hacen que solo se pueda hablar en las altas esferas, mientras que en la base se piensa por separado, guardando los pensamientos con siete llaves. Quienes no están contentos, quienes no están de acuerdo, quienes tienen dudas, temen hacer oír su voz en las reuniones del partido. La mayoría de los miembros del partido solo oye los discursos de las autoridades, basados en los mismos clichés de siempre. Los lazos se aflojan, la confianza en la dirección disminuye.

En las asambleas del partido reinan irremediamente el espíritu oficial y la indiferencia que de él se derivan. A la hora de la votación, no es raro que solo quede una minoría insignificante; los asistentes se apresuran a marcharse para no verse obligados a votar decisiones dictadas de antemano. Todas las resoluciones se aprueban siempre y en todas partes “por unanimidad”.

Estos hechos repercuten dolorosamente en la vida interna del partido. Los miembros temen expresar en voz alta sus pensamientos más queridos, sus deseos y sus exigencias. Esa es la causa del caso Lachevich y otros.

2.- Causa del aumento del burocratismo

Es totalmente evidente que a los órganos de dirección les resulta cada vez más difícil aplicar sus decisiones según los métodos de la democracia del partido, en la medida en que la vanguardia de la clase obrera considera cada vez menos que su política es la propia.

La divergencia entre la orientación de la política económica y la de los sentimientos y pensamientos de la vanguardia proletaria refuerza, inevitablemente, la necesidad de ejercer presión y confiere a toda la política un carácter administrativo y burocrático.

Cualquier otra explicación del aumento del burocratismo se refiere únicamente a aspectos secundarios y no llega al fondo de la cuestión.

¹ El 6 de junio de 1926, Lachevich había presidido una reunión clandestina de 70 miembros de la Oposición en un bosque cercano a Moscú. Delatado por un soplón, fue expulsado de inmediato.

A pesar del aumento del número de obreros, el desarrollo insuficiente de la industria, en relación con el desarrollo económico del país en su conjunto, se traduce en una disminución de la influencia del proletariado en la sociedad. La influencia de este desarrollo insuficiente en la economía rural y el rápido crecimiento de los kulaks reducen en el campo el papel de los jornaleros y los campesinos pobres, así como su confianza en el estado y en sí mismos. El insuficiente aumento de los salarios, comparado con la mejora del nivel de vida de los sectores no proletarios de las ciudades y de los privilegiados del campo, merma en el proletariado la certeza política y cultural de ser una clase dirigente. De ahí, en particular, el evidente retroceso de la participación de los obreros y los campesinos pobres en las elecciones a los sóviets; este hecho constituye una de las advertencias más graves para nuestro partido.

3.- La cuestión de los salarios

En los últimos meses, se tachaba de demagogia la idea de garantizar, por todos los medios y durante el período de dificultades económicas, el mantenimiento de los salarios reales, con el fin de poder proceder a una nueva subida de los mismos tan pronto como se produjera la primera mejora. Sin embargo, en el estado obrero es el deber más elemental plantear así la cuestión. La masa del proletariado, en su núcleo decisivo, está lo suficientemente madura como para comprender lo que es posible y lo que es irrealizable. Sin embargo, cuando oye decir cada día que nos estamos desarrollando desde el punto de vista económico, que nuestra industria se está expandiendo rápidamente, que todas las afirmaciones sobre la insuficiencia del ritmo de desarrollo de la industria son falsas, que el desarrollo del socialismo está garantizado de antemano, que toda crítica a nuestra dirección económica se basa en el pesimismo, la falta de fe, etc.; cuando, por otra parte, se repite a estas masas que la reivindicación de mantener el salario real con su aumento sistemático en el futuro es demagogia, entonces los obreros no pueden entender cómo el optimismo oficial sobre las perspectivas de futuro y el panorama general puede ir de la mano del pesimismo sobre los salarios.

Para las masas, este tipo de discursos parecen inevitablemente falsos; socavan la confianza en las fuentes oficiales y generan una inquietud sorda. La desconfianza hacia las reuniones oficiales, los informes y las votaciones, incluso entre militantes perfectamente disciplinados provoca una tendencia a informarse sin pasar por el aparato del partido, y la información así obtenida agita a las masas obreras. Ahí radica uno de los peligros más graves. Pero no hay que atacar los síntomas de la enfermedad, sino las raíces del mal y, en particular, la actitud de la burocracia respecto a los salarios.

El rechazo en el comité central de abril de una propuesta, de lo más legítima e indispensable, destinada a garantizar el mantenimiento del salario real fue un error claro y evidente que, de hecho, provocó una bajada de los salarios. La retención de una parte de los salarios mediante el impuesto agrícola supuso un nuevo empeoramiento. La influencia de estos hechos en la vida cotidiana se vio aún más reforzada por la aplicación errónea del “régimen de ahorro”, lo que también agravó el estado de ánimo de los obreros. La lucha (en sí misma absolutamente necesaria) para lograr una gestión más prudente y concienzuda de los recursos del estado, creó una presión mecánica de arriba hacia abajo y acabó ejerciendo presión sobre los obreros, sobre todo sobre los peor remunerados, aquellos cuya situación es menos segura; esta presión tuvo como causa el error radical cometido al organizar dicha lucha y que esta lucha se llevara a cabo sin el control de los obreros y los campesinos. Este triple error en el ámbito de los salarios, el impuesto agrícola y el régimen de ahorro, debe corregirse con determinación y sin demora. Es necesario, desde ahora mismo, hacer los preparativos para conceder un cierto aumento de los salarios en otoño, empezando por los más desfavorecidos. Esto es perfectamente

posible, dada la envergadura de nuestra economía y de nuestro presupuesto, y a pesar de todas las dificultades presentes y futuras. Pero hay más: precisamente para superar estas dificultades, es ante todo indispensable estimular el interés activo que tienen las masas obreras en que aumente la capacidad productiva de la industria estatal. No solo desde el punto de vista político, sino también en el ámbito económico, cualquier política diferente sería una política miope en sumo grado.

Por lo tanto, es imposible no reconocer un error muy grave (la negativa del comité central de julio a incluir en su orden del día la cuestión de la situación de los obreros en general, así como a dar directrices precisas para la construcción de viviendas obreras, de importancia excepcional).

4.- La cuestión de la industrialización

Este año vuelve a demostrar, con toda claridad, que el desarrollo de la industria estatal va a la zaga del de la economía nacional en su conjunto; la nueva cosecha nos sorprende una vez más sin reservas de mercancías.

Sin embargo, el avance hacia el socialismo solo está garantizado si el desarrollo de la industria no va a la zaga del conjunto de la economía, sino que la impulsa, acercando sistemáticamente el país al nivel técnico de los países capitalistas más avanzados. Todo debe subordinarse a esta tarea, vital tanto para el proletariado como para el campesinado. Solo si se desarrolla la industria con la suficiente fuerza será posible garantizar a la vez el aumento de los salarios y los bajos precios de los productos en el campo. Sería un absurdo basar proyectos relativamente amplios en concesiones extranjeras a las que no podemos otorgar no solo un papel preponderante, sino ni siquiera, en general, un papel importante sin menoscabar el carácter socialista de nuestra industria. El problema consiste, por tanto, en establecer, mediante una política adecuada de impuestos, precios, créditos, etc., una distribución de la acumulación entre las ciudades y el campo que permita superar, con la mayor rapidez posible, la desproporción entre la industria y la agricultura.

Si la parte rica del campo ha podido conservar los cereales del año pasado hasta la primavera, reduciendo tanto las exportaciones como las importaciones, aumentando el desempleo y haciendo subir los precios al por menor, eso significa que la política fiscal y económica en general que hace posible tal actitud hacia los obreros y los campesinos es errónea. Una política fiscal justa, junto con una política de precios justa, constituye, en estas condiciones, uno de los aspectos más importantes de una gestión socialista de la economía.

Los varios cientos de millones de rublos acumulados y concentrados ya en las capas superiores del campo sirven para oprimir a los campesinos pobres mediante la usura. En manos de los comerciantes, intermediarios y especuladores ya se han acumulado más de mil millones de rublos. Mediante una presión fiscal más enérgica es necesario destinar una parte considerable de estos recursos a la alimentación de la industria, al refuerzo del crédito agrícola y al apoyo a los campesinos pobres, proporcionándoles maquinaria y herramientas en condiciones privilegiadas. Bajo las condiciones actuales, la alianza entre campesinos y obreros es, ante todo, una cuestión de industrialización.

Sin embargo, el partido observa con inquietud que la resolución del XIV Congreso sobre la industrialización pasa, de hecho, cada vez más a un segundo plano; así es como, por otra parte, se han anulado todas las resoluciones sobre la democracia en el partido. En esta cuestión fundamental, de la que depende la vida o la muerte de la revolución de octubre, el partido no puede ni quiere regirse por manuales oficiales que, a menudo, no están dictados por los intereses de la causa, sino por los de la lucha entre fracciones. El

partido quiere saber, reflexionar, verificar y decidir. El régimen actual se lo impide; eso explica la circulación clandestina de documentos del partido, el “caso” Lachevich, etc.

5.- *La política en el campo*

En las cuestiones de política agraria, el peligro de que *se concedan favores a los ricos* se hace cada vez más evidente. Ya se oyen abiertamente las voces más influyentes que abogan por la transferencia de la dirección efectiva de las cooperativas agrícolas a los campesinos medios “poderosos”, por el secreto absoluto sobre los depósitos de los kulaks, por la subasta de las herramientas de primera necesidad pertenecientes a los deudores insolventes, es decir, a los campesinos pobres, etc. Cada vez con mayor frecuencia, la alianza con el campesino medio se transforma en una orientación hacia el campesino medio acomodado que, en la mayoría de los casos, es el hermano menor del kulak.

Una de las tareas más importantes del estado socialista es sacar, gracias a la cooperación, a los campesinos pobres de su situación sin salida. La insuficiencia de sus recursos no permite llevar a cabo cambios bruscos de inmediato. Pero eso no da derecho a hacer la vista gorda ante la realidad de las cosas y a inculcar al campesino pobre una moral de resignación, al tiempo que se anima al kulak. Esta forma de abordar la cuestión, cada vez más frecuente en nuestro partido, amenaza con abrir un abismo entre nosotros y nuestro principal apoyo en el campo: el campesino pobre. Solo si existe un vínculo indestructible entre el proletariado y los campesinos pobres podrá forjarse racionalmente su alianza común con los campesinos medios, es decir, una alianza cuya dirección corresponda a la clase obrera. Sin embargo, es un hecho que las decisiones del comité central de octubre sobre la organización de los campesinos pobres casi no se aplican todavía en las organizaciones locales. Es un hecho que, en las altas esferas de la administración, se observa una tendencia a apartar o sustituir, en la medida de lo posible, a los comunistas y a los campesinos pobres que forman parte de los cuadros de las cooperativas agrícolas por campesinos medios “poderosos”. Es un hecho que, con el pretexto de la alianza entre campesinos pobres y medios, observamos muy a menudo la subordinación política de los campesinos pobres a los medios y, a través de estos últimos, a los kulaks.

6.- *La desviación burocrática del estado obrero*

La plantilla de la industria estatal aún no alcanza los dos millones; si a ello se suman los trabajadores del transporte, sigue siendo inferior a tres millones. Los funcionarios de los sóviets, los sindicatos, las cooperativas y otras instituciones no son, sin duda, menos numerosos. Esta comparación por sí sola ya pone de manifiesto el papel colosal que desempeña la burocracia, tanto desde el punto de vista político como económico; es totalmente evidente que el aparato del estado, por su composición social y su nivel de vida, es, en gran medida, burgués y pequeñoburgués; tiende a alejarse del proletariado y de los campesinos pobres y a acercarse, por un lado, a los intelectuales marginados y, por otro, a los empresarios, concesionarios, comerciantes, kulaks y nuevos burgueses. ¿Cuántas veces llamó Lenin la atención sobre las desviaciones burocráticas del aparato del estado y sobre la necesidad de que los sindicatos defendieran a menudo a los obreros frente a él? Sin embargo, es precisamente en este ámbito donde los burócratas del partido se contagian, engañándose a sí mismos de la forma más peligrosa. Esto se pone especialmente de manifiesto en el discurso de Molotov en la XIV Conferencia del Partido de Moscú (*Pravda*, 13 de diciembre de 1925). Decía: “Nuestro estado es un estado obrero...” Pero ahora se nos ofrece una formulación que expresa que sería más correcto decir: “acercar aún más a la clase obrera a nuestro estado... ¿Cómo es eso? ¿Deberíamos fijarnos como tarea acercar a los obreros a nuestro estado? Pero entonces, ¿qué es nuestro

estado? ¿De quién es? ¿No es de los obreros? ¿Acaso el estado no es el proletariado? ¿Cómo se puede entonces acercar a los obreros al estado, es decir, acercar a los propios obreros a la clase obrera en el poder, que dirige el estado?”. Estas sorprendentes palabras suponen la negación de la tarea de la vanguardia proletaria que lucha por someter realmente el aparato de estado, desde el punto de vista ideológico y político. ¡Qué enorme diferencia hay entre esta actitud y el punto de vista de Lenin, quien escribía en sus últimos artículos que nuestro aparato de estado solo se ha reforzado ligeramente en la cúpula y ha conservado, en todos los demás aspectos, lo más antiguo de la antigua administración! Es natural que la lucha más real y seria contra el burocratismo (una lucha efectiva y no meramente formal) se considere ahora un obstáculo, una disputa infructuosa, una mentalidad de fracción.

7.- Las desviaciones burocráticas del aparato del partido

En 1920, la conferencia del partido, dirigida por Lenin, declaró inadmisible que los órganos del partido o algunos camaradas se dejaran guiar, durante las movilizaciones de comunistas, por otras consideraciones que no fueran el interés de la causa. Cualquier represión ejercida contra compañeros porque sus opiniones difieren del punto de vista oficial sobre cualquier cuestión es intolerable. Toda la práctica actual contradice esta decisión a cada instante. La verdadera disciplina se ve socavada y sustituida por la sumisión a las personalidades influyentes del aparato. Cada vez son más los camaradas en los que el partido puede confiar plenamente en tiempos difíciles que son eliminados de los cuadros, trasladados, deportados, perseguidos y sustituidos muy a menudo por personas de paso, sin experiencia, pero que se distinguen por su obediencia pasiva. Son estos graves defectos del régimen del partido los que han convertido en acusados a los camaradas Lachevich y Bielenki, conocidos desde hace más de veinte años como miembros dedicados y disciplinados. La acusación formulada contra ellos es, por tanto, una acusación contra las desviaciones burocráticas del aparato del partido.

No hace falta explicar la importancia que tiene para un partido bolchevique contar con un aparato centralizado y fuertemente unido. La revolución proletaria no sería posible sin esta estructura. La mayoría del aparato del partido está compuesta por militantes entregados y desinteresados que no tienen otro motivo que la lucha de la clase obrera. Esos mismos militantes contribuirían de manera positiva a hacer valer la democracia en el partido, si existiera un régimen normal y un uso racional de las capacidades.

8.- El burocratismo y la vida cotidiana de las masas obreras

El burocratismo afecta cruelmente al obrero en el partido, en la economía, en la vida cotidiana y en la cultura. Sin duda, la composición social del partido ha mejorado en los últimos años, pero, al mismo tiempo, ha quedado muy claro que el mero aumento del número de obreros, incluso de los que actualmente trabajan en las fábricas, no garantiza que el partido esté a salvo de las desviaciones burocráticas y de otros peligros. De hecho, bajo el actual régimen la influencia del simple miembro es muy débil, a menudo nula.

Sobre la juventud obrera y campesina es sobre la que recae con mayor dureza el peso del régimen burocrático. En las condiciones de la NEP, esta juventud, que no ha conocido la lucha de clases en la misma medida, solo podrá alcanzar el bolchevismo si trabaja para pensar, criticar y comprobar por sí misma. Lenin recomendó a menudo que se prestara especial atención y se actuara con prudencia ante los procesos ideológicos de la juventud. Por el contrario, el burocratismo obstaculiza el desarrollo de la juventud, reprime las dudas, acalla la crítica y, de este modo, siembra, por un lado, la desconfianza y el desánimo y, por otro, el arribismo. Al frente de las Juventudes Comunistas, el burocratismo ha alcanzado en el último período un desarrollo extremo, poniendo en

primer plano a numerosos burócratas jóvenes pero precoces. Por eso, entre los cuadros de las Juventudes Comunistas, los elementos procedentes del proletariado, de los jornaleros y de los campesinos pobres están siendo sustituidos cada vez más por intelectuales y pequeños burgueses que se adaptan mejor a una dirección que emana de las oficinas, pero que están más alejados de las masas obreras y campesinas. Para garantizar a las Juventudes Comunistas una dirección proletaria adecuada, es necesario dar a estas (al igual que al partido) un giro hacia la democratización, es decir, hacia el establecimiento de condiciones que permitan a los jóvenes trabajar, pensar, criticar y decidir, y alcanzar así la madurez revolucionaria bajo la dirección prudente del partido.

El régimen burocrático se arraiga como el óxido en la vida de los talleres y las fábricas. Si, de hecho, a los miembros del partido se les priva del derecho a criticar a los comités de distrito, de provincia o del país, del mismo modo, en la fábrica, se les priva del derecho a criticar a las autoridades inmediatas. Los militantes están atemorizados. Un administrador previsor que sepa asegurarse el apoyo del secretario de una organización jerárquicamente superior se ve, por ello, a salvo de cualquier crítica procedente de abajo y, a menudo, no tiene que responder por una mala administración o un abuso de poder.

En un país donde se está construyendo la economía socialista, la condición principal para un uso económico de los recursos nacionales es el control vigilante de las masas, sobre todo de los obreros, en las fábricas y plantas. Mientras, por miedo a ser clasificados como parte de la oposición, los obreros no puedan intervenir abiertamente contra los desórdenes y los abusos, desenmascarando y señalando a los culpables entre los “desarmonizadores” y los alborotadores, para ser expulsados de la célula e incluso de la fábrica, la campaña a favor del ahorro, al igual que la de la productividad laboral, seguirá inevitablemente la senda burocrática y, en la mayoría de los casos, perjudicará los intereses vitales de los obreros. Esto es precisamente lo que se observa en la actualidad.

El establecimiento descuidado o torpe de las tarifas [salariales] y las normas de producción, que afecta cruelmente al obrero, es nueve de cada diez veces una consecuencia directa de la negligencia que muestran los funcionarios respecto a las necesidades básicas de los obreros y de la propia producción. A esto hay que añadir el retraso en el pago de los salarios, es decir, el hecho de relegar a un segundo plano lo que debería ser nuestra principal preocupación.

La cuestión de lo superfluo en las esferas dirigentes, como se le llama, está ligada a la prohibición de toda crítica. Se han redactado muchas circulares contra lo superfluo. Numerosos casos al respecto se tramitan ante las comisiones de control; pero las masas desconfían de esta lucha burocrática contra el lujo. En este ámbito tampoco hay más que una salida seria: que las masas no teman decir lo que piensan.

¿Dónde se debaten todas estas cuestiones tan delicadas? No en las reuniones oficiales del partido, sino en los rincones y recovecos, a escondidas, siempre con temor. Estas condiciones insostenibles han dado lugar al “caso” Lachevich y otros similares. Conclusión principal de este “caso”: hay que cambiar estas condiciones.

9.- La lucha por la paz

El desarrollo del movimiento revolucionario mundial basado en la solidaridad fraternal de los trabajadores es la principal garantía de la integridad de la URSS y de la posibilidad de una evolución socialista pacífica para nosotros.

Sin embargo, sería un error peligroso crear o alimentar entre las masas obreras la esperanza de que los socialdemócratas o la gente de Ámsterdam, en particular el Consejo General de Sindicatos con Thomas y Purcell a la cabeza, estén dispuestos a luchar contra el imperialismo y las intervenciones militares, o sean capaces de hacerlo. Los colaboracionistas ingleses, que traicionaron de forma tan odiosa a sus propios obreros

durante la huelga general y ahora están terminando de traicionar la huelga de los mineros, en caso de peligro de guerra traicionarán de forma aún más vergonzosa al proletariado inglés y, con él, a la URSS y a la causa de la paz. En las notables recomendaciones de Lenin a nuestra delegación en La Haya, explicó que solo desenmascarando sin piedad a los oportunistas ante las masas sería posible impedir que la burguesía tomara por sorpresa a los obreros cuando intentara de nuevo provocar la guerra. “Lo más importante [escribía] es refutar en La Haya la opinión generalizada sobre los pacifistas de Amsterdam, según la cual estos estarían en contra de la guerra, no comprenderían que esta pudiera y debiera abatirse sobre ellos en el momento más inesperado, serían capaces de concebir, aunque fuera en cierta medida, los medios para combatirla, y fueran capaces de adoptar contra la guerra métodos lógicos de lucha que permitieran alcanzar el objetivo.” Lenin llamaba especialmente la atención del partido sobre el hecho de que los discursos de muchos comunistas contenían afirmaciones inexactas y extraordinariamente imprudentes en cuanto a la lucha contra la guerra. Escribía: “A mi juicio hay que criticar de modo decidido e implacable semejantes declaraciones, sobre todo si son posteriores a la guerra, y mencionar el nombre de cada persona que las haya hecho. Se puede expresar en términos más suaves, sobre todo si las circunstancias lo requieren, la opinión sobre tales oradores, pero no se debe pasar en silencio un solo caso de esta especie, pues una actitud superficial en este problema representa un perjuicio que supera todos los demás, y no podemos tratarlo con ligereza.” (V. I. *Obras completas*, Tomo XXXVI, Akal, Madrid, 1978, página 451). Hay que recordar una vez más estas palabras de Lenin a la conciencia de nuestro propio partido y de todo el proletariado internacional. Hay que decir, de manera que todo el mundo lo oiga, que los Thomas, los Macdonald y los Purcell son tan incapaces de impedir la agresión imperialista como los Tsereteli, los Dan y los Kerensky de detener la carnicería imperialista.

Una condición esencial para la defensa de la URSS y, por consiguiente, para el mantenimiento de la paz, es el vínculo inquebrantable entre el Ejército Rojo (que crece y se fortalece) y las masas trabajadoras de nuestro país y de todo el mundo. Todas las medidas económicas, políticas y culturales que amplían el papel de la clase obrera en el estado, refuerzan su vínculo con los campesinos pobres y con los campesinos medios y con ello consolidan al Ejército Rojo, garantizan la integridad del país de los sóviets y afianzan la causa de la paz.

10.- La Internacional Comunista

Enderezar la política de clase del partido es enderezar su política internacional. Hay que rechazar todas las consecuencias dudosas de esa novedad, que presenta el triunfo de la construcción del socialismo en nuestro país como algo que no está íntimamente ligado al ritmo y al resultado de la lucha del proletariado europeo y mundial por la conquista del poder. Estamos construyendo y construiremos el socialismo. El proletariado europeo luchará por el poder. Los pueblos coloniales luchan por su independencia. Se trata de un frente común. Cada grupo, en su ámbito, debe dar lo máximo de sí mismo sin esperar la iniciativa de otros. El socialismo triunfará en nuestro país gracias a los lazos inquebrantables con el movimiento revolucionario del proletariado europeo y mundial y a la lucha de oriente contra el yugo imperialista.

La orientación de la política de la IC y su régimen interno están, a su vez, íntimamente ligados al régimen de nuestro partido, que ha sido y sigue siendo el partido dirigente. Cualquier movimiento en nuestro partido repercute inevitablemente en las demás secciones de la Internacional. Por ello, es aún más nuestro deber examinar nuestra conducta desde el punto de vista internacional como auténticos bolcheviques.

El XIV Congreso consideró necesario que los demás partidos participaran con mayor independencia en la dirección de la IC. A pesar de ello, esta resolución, al igual que las demás, se queda en el papel, y no es casualidad. Solo es posible resolver las cuestiones candentes en la IC, por las vías políticas y administrativas normales, si existe un régimen normal en nuestro propio partido. Al zanjar mecánicamente las cuestiones debatidas, se corre el riesgo de debilitar cada vez más la cohesión interna de los PC y sus estrechos vínculos. En lo que respecta a la IC, debemos volver con determinación a las normas establecidas por Lenin y contrastadas durante su vida.

11.- Las fracciones

Durante los dos años previos al XIV Congreso, existió un “septeto” fraccional del que formaban parte seis miembros del buró político y el camarada Kuybyshev, presidente de la CCC. Este comité fraccional, a espaldas del partido, decidía de antemano y en secreto todas las cuestiones del orden del día del buró político y del comité central, y resolvía por su cuenta toda una serie de asuntos sin someterlos a este último. Disponía de las personas con el mismo espíritu fraccional. Vinculaba a sus miembros mediante una disciplina interna de fracción. Los camaradas Yaroslavsky, Larison, etc., que luchan sin piedad contra las fracciones y las agrupaciones, participaron en los trabajos del “septeto” junto a Kuybyshev.

Tras el XIV Congreso, indiscutiblemente continúa existiendo una fracción dirigente análoga. En Moscú, Leningrado, Járkov y en los demás grandes centros se celebran reuniones secretas, organizadas por una parte de las esferas superiores del aparato, y ello a pesar de que todo el aparato oficial está en sus manos. Estas reuniones secretas, convocadas a partir de listas especiales, son auténticas asambleas de fracciones. En ellas se leen documentos secretos; el mero hecho de divulgarlos conlleva la expulsión del partido de cualquier miembro de dichas fracciones.

Es evidentemente absurdo afirmar que una mayoría no puede considerarse una fracción. La interpretación y la aplicación de las resoluciones de los congresos deben corresponder a los órganos del partido y no llevarse a cabo dejando que la fracción dirigente decida de antemano entre bastidores todas las cuestiones de las instituciones normales. En la fracción dirigente hay una minoría que considera que la disciplina de fracción prima sobre la del partido. Todo este mecanismo fraccional tiene como objetivo impedir que se modifique la composición y la política del aparato según las normas estatutarias habituales. Cada día, esta fracción organizada amenaza cada vez más la unidad del partido.

El profundo descontento que suscita el régimen interno del partido instaurado tras la muerte de Lenin, y el descontento aún más pronunciado causado por los desvíos de nuestra política, dan lugar inevitablemente a intervenciones de la oposición y a acalorados debates. Sin embargo, el grupo dirigente, en lugar de extraer lecciones de los dolorosos acontecimientos recientes y rectificar su línea de conducta, agrava sistemáticamente los errores del burocratismo.

Ya no cabe duda alguna de que el núcleo fundamental de la oposición de 1923 había advertido con razón de los peligros de una desviación de la línea proletaria y del crecimiento amenazador del régimen del aparato, tal y como demuestran los actos de la fracción actualmente en el poder.

Los opositores de 1923, entre los que se encuentran decenas y cientos de viejos bolcheviques obreros, curtidos en la lucha, ajenos al arribismo y al servilismo, siguen siendo mantenidos al margen de la actividad del partido, a pesar de toda la disciplina y la moderación que han demostrado.

La represión contra los principales cuadros de la organización de Leningrado tras el XIV Congreso no podía dejar de causar una profunda alarma entre los mejores obreros de nuestro partido, acostumbrados a considerar a los obreros comunistas de Leningrado como la guardia proletaria más curtida. En el momento en que más se hacía sentir la necesidad de resistir al creciente kulakismo, el grupo dirigente intervino contra la vanguardia de los obreros de Leningrado, cuya única culpa era haber advertido sobre el peligro kulak. Los mejores militantes fueron deportados de Leningrado por centenares. Miles de obreros comunistas, que constituían los mejores elementos activos de la organización de Leningrado, son apartados por todos los medios del trabajo del partido. Todo militante conciencizado se da cuenta ahora claramente de que esos obreros tenían razón en lo esencial desde el punto de vista político. La herida infligida a la organización de Leningrado solo podría cicatrizar tras un cambio radical en el régimen interno del partido. Si las cosas siguen como hasta ahora, no cabe duda de que no solo en Moscú y en Leningrado habrá que seguir apretando las tuercas, purgando y deportando una y otra vez, sino que también los demás centros proletarios, como el Donbás, Bakú y los Urales, tendrán que sufrir una represión diez veces mayor.

Nada indica tan claramente que nos estamos alejando de Lenin como la tendencia a desestimar cualquier juicio bolchevique sobre los peligros de la orientación actual del partido, tachando dicho juicio de “menchevique”. Al abordar así la cuestión, nuestros dirigentes más ideológicamente anquilosados se delatan a sí mismos. El menchevismo, convencido de la inevitabilidad de la transformación capitalista de la URSS, basa todos sus cálculos en la ruptura entre la clase obrera y el estado soviético, del mismo modo que los socialistas-revolucionarios cuentan con la que pueda producirse entre este último y el campesinado “fuerte”. De hecho, el menchevismo, en su calidad de agente de la burguesía, solo podría esperar realmente dejar de ser, por un tiempo, una cantidad insignificante si la fisura entre la clase obrera y el estado soviético se ampliara. Para evitarlo, ante todo hay que ver claramente esa fisura en el momento en que se produce y no cerrar los ojos, como hacen los burócratas que incluso niegan la necesidad de trabajar para acercar al estado soviético, la clase obrera y los campesinos pobres. El embellecimiento de la realidad, el optimismo oficial en cuestiones económicas generales y el pesimismo respecto a los salarios, el deseo de no ver al kulak y, por ende, el estímulo que se le da, la atención insuficiente prestada a los campesinos pobres, la mano especialmente dura en el funcionamiento de los centros, la negativa a comprender las lecciones que han dado las últimas elecciones a los sóviets, todo ello supone una preparación efectiva, real y no solo verbal, para la influencia de los mencheviques y los socialistas-revolucionarios.

Es un grave error pensar que, tras haber aplastado mecánicamente a la llamada oposición, se ampliarán las filas de la democracia del partido; basándose en toda su experiencia, el partido ya no puede seguir concediendo crédito a esta leyenda adormecedora. Los métodos mecánicos de represión preparan nuevas fisuras, nuevas grietas, nuevas exclusiones y eliminaciones, un nuevo endurecimiento de las medidas para todo el partido. Inevitablemente, este sistema reduce la cúpula dirigente, merma la autoridad de la dirección y exige una opresión doble y triple para sustituir a la autoridad intelectual. El partido debe, a toda costa, poner fin a este proceso peligroso. Lenin demostró que dirigir con firmeza el partido no significaba asfixiarlo apretándole el cuello.

12.- Por la unidad

No cabe duda de que el partido es capaz de superar todas las dificultades. Sería una auténtica locura no ver una salida en el camino de la unidad. La salida existe y solo en este camino. Para alcanzarla, es necesaria una actitud bolchevique atenta y honesta

ante las cuestiones planteadas. Nos oponemos a una discusión de “sesión”, estamos en contra de una discusión febril. Una discusión de este tipo, impuesta desde arriba, le cuesta demasiado al partido. La mayoría de las veces, lo aturde, lo convence muy poco y apenas lo enriquece ideológicamente.

Presentamos al comité central la propuesta de restablecer, en el partido, mediante un esfuerzo común, un régimen que permita resolver todas las cuestiones debatidas en perfecta conformidad con las tradiciones del partido, con los sentimientos y los pensamientos de la vanguardia proletaria.

Solo sobre esta base es posible la democracia en el partido. Y solo sobre la base de la democracia del partido es posible una dirección sana y colectiva. No hay otros caminos. Para la lucha y el trabajo en este único camino correcto, nuestro apoyo, sin reservas, está plenamente garantizado al comité central.

I. Bakayev.
G. Piatakov.
G. Lisdin.
I. Avdeyev.
M. Lachevich.
N. Muralov.
A. Peterson.

K. Soloviev.
G. Evdokimov.
G. Zinóviev.
N. Krúpskaya.
L. Trotsky.
L. Kámenev.

Declaración complementaria²

La cuestión del denominado “asunto Lachevich”, incluida en el orden del día de la presente sesión plenaria por decisión del Politburó del 24 de junio, se transformó repentinamente, en el último momento, por decreto del Presidium de la CCC del 20 de julio, en el “asunto” del camarada Zinóviev. En primer lugar, consideramos necesario señalar que en el proyecto de resolución del Presidium de la CCC no hay ni un solo hecho, ni un solo informe, ni una sola sospecha expresada que no se conociera ya hace seis semanas, cuando el Presidium de la CCC dictó su decisión sobre el “asunto” Lachevich y otros. En ese documento no se mencionaba el nombre del camarada Zinóviev. Sin embargo, en el último proyecto de resolución se afirma de manera bastante categórica que “todas las pistas” conducen al camarada Zinóviev en su calidad de presidente de la Comintern. Esta cuestión, como resulta bastante obvio para todos, no la decidió el Presidium de la CCC, sino el grupo faccional cuyo líder es el camarada Stalin.

Nos encontramos ante una nueva etapa en la ejecución de un plan que se concibió hace mucho tiempo y que se ha llevado a cabo de forma sistemática. Ya desde inmediatamente después del XIV Congreso, se desarrollaron debates persistentes y bastante extendidos en círculos relativamente bien informados de los cuadros del partido (inspirados por la secretaría del comité central) sobre la necesidad de reorganizar el politburó, expulsando a varios camaradas que habían participado en la labor de dirección bajo el liderazgo de Lenin y sustituyéndolos por nuevos elementos que constituyeran una base de apoyo fiable para el papel dirigente del camarada Stalin. Este plan contó con el apoyo del grupo muy unido que rodeaba directamente al camarada Stalin, pero se topó con la resistencia de otros elementos que de ningún modo pertenecían a una “oposición”. Esto es lo que sin duda explica la decisión del grupo dirigente de llevar a cabo el plan poco a poco, aprovechando cada oportunidad adecuada para este fin en cada etapa del

² Versión al castellano de Vicent Blat desde *The Challenge of the Left Opposition (1926-27)*, Pathfinder, Nueva York, 1980, páginas 111-115.

proceso. La ampliación del politburó, con el traslado simultáneo del camarada Kámenev a la categoría de miembro candidato, fue la primera etapa de este plan premeditado para reorganizar radicalmente la dirección del partido. El objetivo de mantener a los camaradas Zinóviev y Trotsky en el politburó ampliado, y a Kámenev como miembro candidato, era dar al partido la impresión de que se conservaba el antiguo núcleo básico y, de este modo, calmar cualquier sentimiento de alarma respecto a la competencia y las cualificaciones de la dirección central. Ya un mes y medio o dos meses después del congreso, junto con la continuación de la lucha contra la “nueva oposición”, se abrió simultáneamente en diversas localidades (sobre todo en Moscú y Járkov), como si se tratara de una señal, un nuevo capítulo en la lucha contra el camarada Trotsky. En aquel momento, los dirigentes de la organización de Moscú afirmaron abiertamente en varias reuniones de activistas que el siguiente golpe debía dirigirse contra el camarada Trotsky. Ciertos miembros del politburó y del CC, que de ningún modo pertenecían a la “oposición”, expresaron su desaprobación hacia los dirigentes de la organización de Moscú, ya que no era ningún secreto para nadie que, a espaldas de los dirigentes moscovitas, se encontraba el secretariado del CC. En ese momento, la cuestión de la inminente destitución del camarada Trotsky del politburó se debatió con bastante amplitud en los círculos del partido, no solo en Moscú, sino también en otros muchos lugares.

El proceso iniciado contra el camarada Lachevich no aportó nada esencialmente nuevo al plan básico de reorganización de la dirección del partido, pero impulsó al grupo de Stalin a introducir algunos cambios en la forma de llevar a cabo dicho plan. Hasta hacía muy poco, el plan consistía en asestar el primer golpe al camarada Trotsky y posponer la cuestión de Zinóviev hasta la siguiente etapa, con el fin de acostumbrar gradualmente al partido a su nueva dirección, presentándole en cada nueva etapa de cambio parcial un hecho consumado; sin embargo, el “asunto” de Lachevich, Belenky y otros, debido a sus estrechos vínculos con el camarada Zinóviev, llevó al grupo dirigente a invertir el orden y dirigir el siguiente golpe contra el camarada Zinóviev. El hecho de que no llegaran a este cambio de planes sin vacilaciones ni resistencia se desprende de que, como ya hemos dicho, la decisión inicial de la CCC sobre el “asunto” de Lachevich no planteaba en absoluto la cuestión del camarada Zinóviev, aunque todos los elementos del “caso” expuestos en el nuevo borrador de resolución del presidium de la CCC estaban presentes desde el momento en que se iniciaron por primera vez las actuaciones contra el camarada Lachevich. La propuesta presentada en el último momento (expulsar al camarada Zinóviev del politburó) fue dictada por el grupo central de Stalin como un paso más en el camino hacia la sustitución de la antigua dirección leninista del partido por una nueva dirección estalinista.

Al igual que antes, el plan se está llevando a cabo poco a poco. El camarada Trotsky permanece, por el momento, en el politburó, en primer lugar, para que el partido pueda creer que el camarada Zinóviev fue realmente destituido en relación con el asunto Lachevich y, en segundo lugar, para no provocar una alarma excesiva en el partido con medidas demasiado bruscas. No cabe duda, sin embargo, de que la cuestión del camarada Trotsky y del camarada Kámenev ya se ha zanjado de antemano en la mente del núcleo estalinista, en el sentido de que deben ser apartados de la dirección, y que la ejecución de esta parte del plan no es más que una cuestión de técnica organizativa y de pretextos adecuados, reales o inventados. Lo que está en juego es un cambio radical en la dirección del partido. El significado político de este cambio se evalúa en su totalidad en nuestra declaración básica, que fue redactada antes de que el “asunto” del camarada Lachevich se transformara en el del camarada Zinóviev.

A estas alturas solo queda añadir que el alejamiento, claramente perceptible, de la línea leninista habría tenido un desarrollo oportunista incomparablemente más enérgico

si la reorganización de la dirección, proyectada por el grupo de Stalin, se hubiera llevado a cabo en la práctica. Junto con Lenin, quien formuló de manera clara y precisa su pensamiento en el documento conocido como su *Testamento*, estamos profundamente convencidos, basándonos en la experiencia de los últimos años, de que las políticas organizativas de Stalin y su grupo amenazan al partido con un mayor desgaste de sus cuadros básicos y con nuevos alejamientos de la línea de clase. Lo que está en juego es la dirección del partido, el destino del partido. A la luz de lo expuesto anteriormente, rechazamos categóricamente la propuesta faccional y profundamente perjudicial del presidium de la CCC.

I. Bakayev.
G. Piatakov.
G. Lisdin.
I. Avdeyev.
M. Lachevich.
N. Muralov.
A. Peterson.

K. Soloviev.
G. Evdokimov.
G. Zinóviev.
N. Krúpskaya.
L. Trotsky.
L. Kámenev.

Edicions Internacionals Sedov
Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas)



germinal_1917@yahoo.es